



PRÓLOGO

He aquí que el Profesor (y más cosas que profesor) Matías López, al presentarme su esmerada traducción y su introducción a Séneca y a sus Diálogos y al estudio del genio, función y avatares de sus escritos en nuestra, bastante triste, Historia de las Letras, y con la ocurrencia que su amistad, ya larga y valerosa, ha tenido de ofrecerme el blanco de la portada de su libro, me ha despertado de un olvido intermitente: ya no creía yo que tuviera sentido tratar de comportamientos humanos, y de las pasiones y la conciencia, sin venir a encontrarse con el misterio y la contradicción que en todo ello late.

Está muy lejos Séneca seguramente de ir a descubrir el psicoanálisis o disolución del alma, y no sólo es que no tuviera tiempo de escuchar a Jesús decir desde la cruz «No saben lo que hacen», sino que tampoco debió de parar mucha atención a la voz de Sócrates y al recuerdo de su vida dedicada a descubrir que nadie hace mal a conciencia de que hace mal, o sea que el solo pecado es la justificación de la conducta y, por ende, la falsificación de la palabra.

Lo cual no quita para que, con motivo de este ofrecimiento o tentación de Matías López, haya yo vuelto a releer a largos trechos algunos de sus Diálogos con la misma animación y vivo traqueteo con que hace años los leyera: ¿quién no se deja arrastrar por una retórica tan hábil, las frases entrecortadas y precisas, la costante ficción de interlocutores y objeciones, las mudanzas de modalidad, de la interrogativa, retórica o no, a la no menos fingida yusiva, a la predicativa tantas veces sentenciosa y puramente nominal, entreverada de vocativas o exclamativas? Se deja uno llevar por el repiqueteo de esa artillería, que no se siente vana ni frívola tampoco, sino movida por algún sen-

tido, por más que a veces le parezca tortuoso y, cuando es claro, más trivial y conforme de lo que el fuego retórico prometía.

Y el caso es que toda la predicación de las diversas sectas postsocráticas, en cuyo curso se inserta naturalmente ésta de los Diálogos de Séneca como floración tardía y de varia escuela, se alimentaba y procedía de un proceso de interpretación y, de distintos modos, realificación de aquella voz de Sócrates perdida; de tal manera que (dejando aparte las dudosas herencias en las ramas dominantes, aristotélicas o platónicas) epicúreos o cirenaicos, estoicos, cínicos y aun escépticos se distinguen entre sí y se oponen por lo positivo de la doctrina o solución propuesta, pero todos partían, por lo bajo, de algo común y negativo, el rechazo de la Sociedad tal como se les daba, de las convenciones y normas o hasta leyes vigentes, de las creencias o fantasías que las regían y justificaban, ya fuese en nombre de, como en los estoicos, una fe en el Hombre independiente, el Sabio o verdadero Sujeto de sus acciones, ya en el de una apelación a lo natural, como a menudo entre los cínicos y, más desengañada- o críticamente, los epicúreos, ya en el de una verdad que, sin necesidad de saberse, denunciaba de falsas todas las opiniones o creencias.

Suele ascribirse a Séneca más bien al campo de los estoicos, con las admisiones o precisiones que Matías López en su introducción debidamente puntualiza; y ello es que, en el rasgo que acabo de dar como principal de la actitud estoica, habría fundamento para tal ascripción mejor que otra, si bien, en su manifestación negativa como rechazo de las normas de conducta social reconocidas y aun oficiales, se aparece a menudo más bien indeciso o transigente y aun a veces trapacero: 'rey', 'hacienda', 'honor', 'justicia' pasan con frecuencia como cosas naturales, dentro de las cuales pueden discutirse unas u otras actitudes del Individuo.

En todo caso, algo lo separa de los grandes estoicos de los tiempos, ya lejanos, de florecimiento de la escuela: que es que en ella parece que se tuvo como regla dedicar mucho estudio, por un lado, a la -digamos- cosmología o visión del Universo y, por el otro, a la Gramática; y en Séneca, a la verdad, de esto último no se halla casi nada (se diría que el interés escolar por la Retórica y las Letras se comía la curiosidad por la lengua misma, tan viva en el viejo Varrón aún) y, en cuanto a lo otro, la pobreza y superficial acopio de noticias, no ya en los Diálogos, donde todavía de vez en cuando asoma algún vislumbre de cándida inquisición física, de «mirar al cielo», sino en el mamotreto de las *Quaestiones Naturales*, es tal (como también en el otro mayor de la *Naturalis Historia* de Plinio el Viejo) que nos hace sentir (y más aún si comparamos, de apenas un siglo antes, con la viveza de la pasión física, no digo en el poema de Lucrecio, sino a ratos en Cicerón mismo) un gran embotamiento de la sensibilidad para con los problemas del -llamémoslo- Universo. Cierto que ello parece ley o «fuerza de los tiempos», y, si echamos una mirada a la Ciencia todo a lo largo del Imperio, sobre todo en latín (en griego, está al menos el inteligente barrido de doctrinas, también físicas, de Sesto Empírico, y las especulaciones de Plotino), se nos aparece como un vasto yermo, abierto a cualesquiera fantasías o creencias. Ahora bien, es probable que, sin mirar al cielo, por así decirlo, y sin volverse sobre la lengua que habla en uno, cuando se viene al plano ético o político, no se puedan producir más que opiniones y doctrinas.

Por otra parte, la herencia de la rama cínica es en Séneca abundante y clara, no por ninguna *dóxa* o actitud que adopte, sino por la práctica del arte: pues se dice de Menipo de Gádaros que fue el inventor de un género de sátira literaria, prosímetro con alternancia de disputas, versos, anécdotas y sermones, que tuvo en latín gran éxito por

obra de Varrón, de quien nos han llegado cientos de fragmentos de Sátiras Menipeas, género inspirador también en griego de los Diálogos de Luciano y, a mi entender, origen principal del naciente género de la Novela, condenado al éxito por siglos; y de la sátira menipea, si tomamos el *Satiricón*, además de fragmentario, ya como novela, tenemos el único ejemplo completo en la *Apocoloquintosis*, de un humor que no es fácil sospechar en Séneca por sus otras obras. Y no pienso que ese influjo se limite a ella, sino que ha tenido mucho que hacer en el arte sobre todo de los Diálogos, si bien el influjo es ciertamente más directo y claro desde el otro tipo de sátira, la de Lucilio, Horacio y, ya en tiempos de Séneca, Persio y Juvenal, que, aunque traiga cierta inspiración de la menipea, es un invento peculiar, al que llamo Sátira Romana, que podría describirse como 'sermón en verso' (*Sermōnēs* se titulan las de Horacio), juntando en 'sermón' la connotación originaria de 'habla llana' con los usos que desarrolló entre la grey de los cristianos. Es a ella a la que debe Séneca en sus Diálogos la disputa rápida y cortante, la ficción de indignación moral («*ira facit uersūs*»), el interlocutor fingido con que se desdobra el sermoneador, y otros muchos esquemas retóricos, quitando el verso, para el que tan hábil se muestra Séneca en los trímetros y anapestos literarios de las Tragedias, pero que se escluye severamente de los Diálogos (y las Epístolas), no permitiéndose siquiera el recurso al ritmo oratorio de la cláusula ciceroniana.

En fin, con este recorrido de literaturas de comienzos del Imperio en que la invitación de Matías López me ha metido, no puedo menos, una vez más, de recaer en la melancolía que produce la consideración, a través de las Letras de los romanos, de tantos siglos que parecen una larga y ancha vía por donde nada pasa, «una gran fila de siglos», como Virgilio la anunciara, de aburrimiento y diversión, donde lo más vivo son las aviesas y oscenas caricaturas de la sátira-novela de Petronio o los agrios dicterios cortesanos de Tácito en un último arranque de Historia crítica. Un inmenso desánimo o desmayo, también en las Letras y las Ciencias, es el fruto innegable de la Paz Ecuménica del Imperio: una lección que, si pudiéramos creer en la Historia, no deberíamos olvidar.

Pero no recaigamos en la Historia. Más bien, sea como sea, aquí hay un libro, y, a ver, ¿qué pasa aquí? Se me ocurre acordarme, por acudir a una muestra cualquiera sola, de una vez que nos traíamos entre muchos amigos una disputa por correspondencia multicopiada, y que surgió al propósito un pasaje de estos Diálogos de Séneca, el *De ira* II 25, en que está reprochando el irritarse por motivos insignificantes:

¿Por qué nos tiene que mover a ira la tos o el estornudo de alguien, la mosca que no acaba de ahuyentarse, el perro que nos sale al paso o la llave que se escurre de las manos de un esclavo descuidado?

¿Por qué, pues? -nos preguntamos: porque lo cierto es que cualquiera de esas cosas nos irrita vehementemente (sin necesidad de ser ningún sibarita corrompido por la molicie) y lo mismo más o menos que si se hicieran adrede y con toda la mala intención de molestarnos. Tal es el punto (uno de los muchos) en que se denuncia la presencia en Séneca de una *dóxa* o fe fundamental en el Hombre, es decir en la conciencia y voluntad consciente, en fin, en una Moral como regla de la vida. Y él mismo lo declara a continuación así, en II 26, tras poner en ridículo a los que en su ira desgarran un libro porque está escrito con mala letra o un vestido porque les disgusta:

Y así como es propio de insensatos enfurecerse contra los objetos inanimados, lo mismo es contra los animales, que no pueden injuriarnos en modo alguno puesto

que son incapaces de pretenderlo –no hay, en efecto, injuria sin afán deliberado de provocarla: podrán, pues, lastimarnos (como el hierro, como la piedra), pero no injuriarnos–.

Así que la ira, a su vez, ha de ser una pasión consciente, que se encienda tan sólo ante la ofensa intencionada o injusticia (nótese cómo *iūs* se mete en *nātūra*) y no sin más por el daño o molestia que sufra uno. Y, por lo tanto, más adelante ahí mismo:

Y si es necio enfurecerse contra ellos, lo será asimismo contra los niños y contra aquéllos que no los aventajan mucho en raciocinio: todos esos delitos, bajo el dictamen de un juez ecuánime, se escusan por una incoscienza que hace las veces de inocencia.

Por juicio ha de regirse la ira del Sabio (si no es que en él no es ya pasión, sino mera indignación moral, tan impasible como la del Juez) y sólo responder a la intención del prójimo, injusta, pero a su vez consciente y voluntaria. Lo malo, para Séneca y el Sabio estoico, es que la ira (ni tantas otras pasiones) sencillamente no funciona de ese modo, sino lo mismo que ante la tos inoportuna o la piedra que está ahí puesta, maldita de ella, para que nos tropecemos con ella en el camino; y, por ende, no se le ocurre al Sabio otra manera de tomar las cosas, al revés, estendiendo la absolución de la incoscienza (*imprudentia*) a las injurias y malas intenciones de los otros, tan incapaces de saber en verdad lo que hacen como el niño que da la lata (son todos niños, y yo también) o como el caballo que se encabrita o como el auto que se me escacharra en el momento más inoportuno y a quien le meto en la chapa un puntapié tan vehemente como justiciero; y no lo digo por mí, que nunca he tenido un auto. Pero, claro, no puede ser eso: eso acabaría con todo orden moral, no sólo el estoico, sino cualquier norma, ley o fe de las que nos tienen ordenado el mundo.

Pero ah: ¿qué es lo que aquí ha pasado? ¿Es así la cosa, que el Diálogo de Séneca nos ha provocado a que nos pongamos a discutir con él y que sigamos la discusión fuera del libro? Pues, entonces, resulta que este libro, después de todo, era útil para algo aparte de hacer cultura, y ¿quién podrá ya decir que hiciera Séneca mal en publicarlo ni Matías López en ofrecérselo de nuevo a los lectores de habla hispana?

Y, en fin, por despedirme volviéndome un momento sobre la figura del propio Séneca, ahí está la famosa cuestión de la congruencia o desacuerdo de la vida con la doctrina, que tanto hubo de atormentarle a él mismo, y desde luego a la larga posteridad de sus aficionados y estudiosos, que Matías López en su Introducción reseña detenida- y cautelosamente. La cual no puede menos, ciertamente, de atormentarnos a cualquiera, pero que, si se la considera desnuda- y candorosamente, es una cuestión que ni sentido tiene: pues está fundada justamente en la creencia de que ‘vida’ y ‘razón’ son cosas del mismo mundo y que, por tanto, se las puede comparar y declarar la una congruente o discordante con la otra. Pero no es verdad: eso de la vida y la conducta pertenece a la realidad, y pensamiento es algo que piensa la realidad y está, por lo tanto, fuera de ella; sólo se convierte en realidad en cuanto deja de ser pensamiento vivo y se reduce a doctrina o ideario, que acaso, vive Dios, hasta pretende regir la vida de uno y del rebaño de los unos.